

VÍSPERA

De ninguna manera pensé que aquella noche, aquel final tan normal de un día tan normal, iba a convertirse en algo más importante que la simple víspera del día siguiente. En cuanto la aguja pequeña llegó y rozó levemente las 6, y una aguja igual, pero más alargada, pasaba un instante el número 12, levanté de golpe mi cuerpo de aquella silla tan incómoda, y que por mucho tiempo que llevase con ella, no se hacía ni por asomo a la forma de mi espalda. Caminé decidido por el pasillo hacia la cocina, abrí el frigorífico, despacio, tampoco necesitaba realizar demasiados esfuerzos, y es que llevaba toda la tarde escribiendo, y las 6 en punto, era la hora justa en la que mis tripas no hacían justicia, y resonaban sin cesar en toda la habitación. Saqué del primer piso de la nevera un zumo individual, apunto de caducar, y más abajo, junto a unos filetes que me sobraron del día anterior, recogí medio bocadillo que no había podido terminar en el almuerzo.

Decidí no comérmelo en la cocina. Sin duda la vista de la ventana del salón es mucho más entretenida que ese patio interior al que daban los cristales que había justo en frente de la vieja freidora. Mordisqueé mi pan con la mirada en la calle, siguiendo a decenas de hormigas que, habiendo roto su hilera, correteaban de un lado para otro, sin rumbo, con suma indiferencia en un bullicio que ni el sordo de la esquina soportaba, sumergidos en una nube de ruido inmundada, y cubiertos de sonidos que cerraban la mente. Seguí sin reparo la trayectoria de una de ellas, al azar. Zapatos negros, pantalón negro, cinturón negro, camisa clara, chaqueta de punto, gris marengo, gafas de sol, y estilo estirado... un hombre con cierto porte al caminar, y de velocidad exagerada. Sin detenerse, continuó calle abajo, sólo paró en el semáforo, pero por pura rutina y precaución, pues el personaje verde, parpadeaba sin descanso. Cuando reanudó la marcha, sus pies parecían otros... más lentos, más suaves, como con miedo de acelerar demasiado y perderse detalle de la calle. Minutos más tarde, lo perdí de vista tras la esquina.

Pegué otro bocado. Esta vez como con desilusión de no poder continuar siguiendo a mi personaje de negro.

Pero algo captó de nuevo mi atención. Ahora era un crío a quien mis ojos vigilaban. Chaval de unos 12 años, pelirrojo, bajito, vestido de deporte y envuelto de polvo, de suciedad. Sus ropas se asemejaban a su cara, grisácea en sus mejillas, y con restos de chocolate por su labio. Iba comiéndose una chocolatina, o al menos eso

parecía desde mi ventana. El caso es que caminaba despacio, absorto en su dulce, en el papel que lo envolvía, y en su indiferencia por volver a casa. No le preocupaba el tiempo; ni siquiera los empujones de la gente inquieta que pasaba por su lado infería entre el chocolate y su boca; y las ansias porque no terminase nunca esa delicia, o las esperanzas de que al menos durante el camino a casa encontrase dinero suficiente en sus bolsillos descosidos para comprarse otro, no se desvanecían en ningún momento de la lentitud de su trayecto.

Las migas de pan ya rodeaban mi pie derecho, una gota de zumo que salpicó del botellín, mojaba con ganas la alfombra del suelo.

No había terminado de tragar el último trozo de bocadillo, cuando mi hombre favorito, mi protagonista, el que en un primer momento me condujo hasta aquí y me obligó a convertir mi salón en un escenario de Hitchcock, doblaba de nuevo la esquina que antes me ocultó su trayectoria. Volvía con paso cansado, como si su paseo hubiese durado una eternidad, cuando tan solo había pasado medio bocadillo mío. Traía un periódico en la mano derecha, y una bolsa blanca de plástico que se mecía con el movimiento de su mano izquierda. De nuevo realizó el mismo itinerario que anteriormente, pero en sentido inverso. Esta vez no paró en el semáforo, y sólo aminoró la velocidad a la altura del puesto de la ONCE; y, tras echarse una mano al bolsillo, sosteniendo ambas compras con la otra, y dudar un instante, terminó por aligerar de nuevo su paso y perderse en la lejanía, a orillas de donde mi vista llegaba.

Absorbí la última gota de zumo que quedaba, e inicié la marcha hacia la cocina. Pero una vez más la curiosidad me pudo. Retiré la cortina para entrever a una señora, de aspecto normal apoyada sobre una farola, con 4 ó 5 bolsas rodeando sus piernas. Miraba a ambos lados de la carretera, buscando un taxi. Y movía las manos exageradamente cada vez que su mirada encontraba uno, insistiendo aún más cuando se acercaban, sin cerciorarse antes de estar libres u ocupados. Finalmente paró delante de ella una ranchera, muy nueva. El taxista se bajó, y delicada y educadamente ayudó a la señora a colocar las bolsas en el maletero. Cuando volvió al coche, ella ya se había metido en el asiento trasero; y sin perder más tiempo, el coche marchó de mi vista.

Miré el reloj. Habían pasado 12 minutos desde que dejé mi habitación.

La luz de mi mesa permanecía encendida, y el boli yacía sobre el último folio que escribí de mi relato... Llevaba con aquel fragmento bastante tiempo, y es que no conseguía continuar aquella historia. Me había bloqueado en el momento en que el protagonista, un joven desprovisto de dinero que pretendía el corazón de una compañera

de clase, dejaba en el buzón de la chiquilla un sobre, con una carta en su interior. En realidad eso lo tenía todo bien atado, pero ahora necesitaba que mi vena poética aflorase, dejando al lado la prosa, y escribir aunque fuera un verso, de lo que supuestamente mi chico, talló en papel doblado. Miré por mi ventana, reclinado sobre la silla. Me quejaba impunemente en mi interior por ser aquello lo único que me faltaba para terminar la composición. Debía entregarla mañana en el estudio. Al fin había conseguido que publicasen una parte de mis escritos en una revista literaria de tirada nacional. Era algo que ni yo mismo me creía. Al fin, personas sin ningún vínculo ni lazo emocional hacia mí, analizarían mi obra; y recibiría críticas sinceras, de gente que sólo leían, sin preocuparse del abajo firmante...

Balanceaba mi cuerpo en la silla del escritorio... Perdía mis ojos a través de la ventana... y descifraba la luna que flanqueaba el cielo... ¡La luna!

“Miéntele a luna, y dime que hoy duermes conmigo...”

Mi protagonista era un auténtico poeta...

Cuando concluí de mecanografiar el relato, breve, muy breve, pero con un giro inesperado, retiré la silla de la mesa y estiré mis músculos. Esta vez la aguja pequeña rondaba las 10, y el sueño se apoderaba de mis ojos, de mi cuerpo...

La noche se me hizo muy corta; apenas pude dormir, pues los nervios de escritor novato me forzaban a dar vueltas y vueltas en la cama. El despertador hizo eco en mis oídos. Desperté sobresaltado, también causado por ese miedo escénico que me provocaba las responsabilidades... Pero sin duda, abrí los ojos feliz, con ganas de comerme el mundo... Con ganas de gritar y hacer temblar el suelo de mi desordenada habitación. Era un momento de gala, merecedor de la camisa más elegante que guardaba mi armario, y silbando, a ritmo de jazz, terminar mi principio de mañana con un gran desayuno en la ventana del salón.

Miré mi reloj de pulsera... las 7. Tenía menos de 10 minutos para llegar a la estación. Corrí sin pausa por la acera, esquivando toda esa gente que antes yo observaba con descaro desde mi ventana. Ahora era yo quien se sentía observado.

Aceleré la marcha a la entrada de la estación, y casi resbalo en la bajada al andén. En realidad iba pronto; me hubiera dado tiempo a llegar a la cita, si cogía el tren que pasaba después, pero prefería respirar tranquilo y hacer el trayecto sin preocupaciones de hora.

Al fin entré en el vagón que paró delante de mis pies. Busqué sitio y hallé un hueco en la esquina trasera al lado contrario del andén. Me senté allí, abrazando con fuerza la

carpeta en la que guardé mi relato, como si en ello se me fuera la vida... es más, se me iba la vida en ello. Aquel relato era mi pasaporte a alguna parte más elevada que un simple estudio a las afueras de Madrid. Lo había escrito con fuerza, y muchísima ilusión. Es por ello por lo que mi pecho no se separaba de aquellos folios.

Miraba por la ventana absorto, con una sonrisa mecánica de auténtica satisfacción. Era una sensación increíble. Mi cuerpo entero temblaba sin cesar; llamaba un grito desde dentro, y veía la necesidad de soltar esa fuerza en cualquier gesto de mi rostro. No cabía más orgullo de mí mismo en ningún espacio de mi mente. Era sin duda un día distinto. Aquel trayecto se estaba convirtiendo en uno de los más importantes y trascendentes que jamás había hecho. No sé por qué, pero algo marcaba aquel día como la víspera de un cambio en mi vida... El principio de algo nuevo brotaba en aquel vagón.

Minutos después, un estallido ensordecedor apagaba la mente de esos viajeros. Las vías quedaron colapsadas, y casi 200 personas, perdieron la sonrisa, en aquel trayecto, aquel 11 de marzo... Aquel día se convirtió, en la víspera del final de su suerte...

ALBERTO GÓMEZ GARCÍA